

MARTI VUELVE A GUATEMALA

Por el Dr. Emilio Roig de Leuchsenring.  
Historiador de la Ciudad de La Habana y  
Presidente de la Sociedad Cubana de Es-  
tudios Históricos e Internacionales.

Discurso en la inauguración del Monumento a Martí en el Paseo  
de la Reforma el 19 de mayo de 1946.

Aunque dijo Martí - y dijo bien - que "la palabra ha caído en descrédito, porque los débiles, los vanos y los ambiciosos, han abusado de ella", inmediatamente aclara que "todavía tiene oficio" si se la pone al servicio de la libertad y contra la tiranía, si se la usa en el equilibrio de la justicia, si se la emplea "en la obra cordial de todos para el bienestar común, porque nada menos que ella es necesario para el triunfo y para la paz después del triunfo, y aún para la vida sana de la patria".

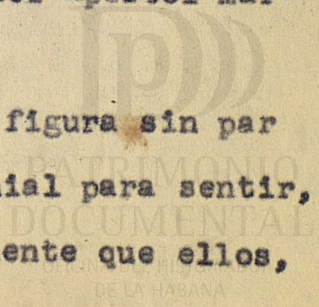
Y la palabra - y la pluma - fueron los medios que utilizó Martí para llevar adelante sus propósitos y sus ideales, para la propaganda revolucionaria por tierras de América, para la conquista de adeptos a la causa en que empeñó su vida, para organizar los patriotas bajo las banderas del Partido Revolucionario Cubano. Y en el discurso y la conferencia, en la asamblea, en la tertulia y en la conversación privada, esgrimió la palabra - su palabra maravillosa, cautivadora como ninguna - no para ofender y destruir, sino para defender y fundar.



En este acto que estamos celebrando, las palabras no están de más, porque éstas - las pobrísimas mías - traen de la patria de Martí, con el recuerdo evocador de su vida y su obra, consagrada a la libertad de Cuba y a la unión y consolidación de la gran patria americana, el testimonio del fervoroso reconocimiento de los cubanos de hoy al muy noble y muy generoso pueblo de Guatemala, por la fraternal acogida que en los días más críticos de su vida dió a nuestro Apóstol y la expresión del sincero anhelo de nuestra República porque cada vez más se extienda y fortalezca la mutua corriente de simpatía, de amor y de identificación, que hoy existe entre la República de Cuba y vuestra República, corriente surgida en los lejanos tiempos de la gesta heroica de los Diez Años con el reconocimiento oficial que hizo, el 6 de abril de 1875, la República de Guatemala de la República Cubana, "como nación libre, soberana e independiente", reciprocado dos años más tarde ese inapreciable apoyo a la causa de nuestra independencia por el libro que Martí escribió exaltando las bellezas naturales y las glorias históricas, el encanto avasallador de las mujeres y la inteligencia y civilidad de los hombres de esta prodigiosa nación centroamericana.

¿Qué otro símbolo, más genuina y excepcionalmente representativo de esa amistosa identificación podía haber enviado el Gobierno del Presidente Dr. Ramón Grau San Martín al Gobierno del Presidente Dr. Juan José Arévalo, que el busto del Apóstol Martí que acabamos de develar esta tarde?

Es Martí, para nosotros los cubanos, no sólo figura sin par de nuestro pasado independentista, de visión genial para sentir, antes que sus demás compatriotas y más perfectamente que ellos,





las palpitaciones y las necesidades de su pueblo; que consagró y ofrendó su vida a la gran empresa de la emancipación de su patria, colonia esclavizada y explotada del despotismo español; que, como dijo Manuel Sanguily, "puso de nuevo en la mano de los héroes desengañados, reanimando su aliento, la espada rota del primer desastre para que rompieran el postrer anillo de secular cadena"; sino que, además, en la hora de ahora, valorado justamente su pensamiento, recogida, estudiada y divulgada su ideología político revolucionaria, es Martí ejemplo y enseñanza vivos de normas cívicas y de orientaciones gubernativas, porque siendo, "todo un hombre" según lo supo ver Rubén Darío, "más aún, verdadero superhombre, grande y viril, poseído del secreto de su excelencia, en comunión con Dios y con la Naturaleza", su genio supo prevenir a sus compatriotas de las dificultades, los contratiempos y los peligros que amenazaban a la futura República, y ante los tropiezos y crisis de ésta, los cubanos, sinceramente interesados en el bien y en el engrandecimiento de nuestro país, volvemos los ojos y extendemos los brazos, hacia Martí, y en Martí encontramos siempre remedios, consejos, enseñanzas y admoniciones que nos permiten la cura o alivio de los males sufridos, la enmienda de las faltas o la rectificación de los errores en que hemos incurrido.

Y porque hemos actualizado a Martí, en él tenemos hoy los cubanos el más admirable modelo de que a todos nos es dable llevar adelante obra sana y fecunda de conservación y de engrandecimiento republicanos si procuramos, en incesante esfuerzo, practicar las virtudes que él poseyó en grado sumo: firmeza y voluntad in-



quebrantables, espíritu de sacrificio, renunciamiento absoluto a todo provecho personal o partidarista, confianza en el esfuerzo propio y propósito firmísimo de servir a la patria y no servirse jamás de ella.

Y como la vida y la obra de Martí son venas inagotables de riquísimo tesoro de previsiones que parecen, y lo son en realidad, hechas más que para su época, para los hombres y los problemas de su tiempo, puede decirse que Martí está hoy entre sus compatriotas con vida más real que en los tiempos de la epopeya libertadora, y que su palabra es oída por los cubanos de buena voluntad como normas salvadoras de la República, por sobre toda palabra de cubano, de ayer y de hoy.

Por eso, hermanos guatemaltecos, les hemos traído el presente simbólico de este busto de José Martí.

Pero también nos ha impulsado a ello el hecho de que Martí no es únicamente la gran figura nacional cubana. Es de modo singularísimo el libertador actual, en lo político, social y económico de todos los pueblos de la que él llamó Nuestra América, que con altísima visión de estadista continental, supo descubrir, estudiar, comprender y resolver los múltiples y complicados problemas planteados en su tiempo a los países hispanoamericanos, y más aún, los que habrían de surgir en la época, para él futura, que es nuestro presente; que vió con mirada de águila los peligros de todo orden que para nuestros pueblos representaba, en su ascenso hacia la efectiva plasmación republicana, el pesado lastre reaccionario colonial, y la amenaza que había de significar la expansión absorbente territorial, política y económica del capitalismo monopolista e imperialista extranjero



respaldado por el lacayo nativo.

Y Martí dejó, asimismo, a los hispanoamericanos todos, el legado precioso de una bien entendida democracia, sin excesos nacionalistas, pues para él "patria es humanidad, es aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca y en que nos tocó nacer"; y a los hombres los considera hermanos, sin distinción de nacionalidad ni raza; y no concibe la explotación del pueblo por una casta o por un hombre; y una y otra vez anatematiza despotismos y dictaduras; y juzga no sólo útiles sino necesarias las revoluciones para la conquista de libertades y derechos conculcados o negados, "porque los derechos se toman, no se piden; se arrancan, no se mendigan". Y predicó la urgencia de la educación y la cultura, porque "ser culto, es el único modo de ser libre"; y aquí, en Guatemala, escribió que "trincheras de ideas valen más que trincheras de piedras".

Otra razón, no menos poderosa, abona esta elección del busto de Martí para ofrendarlo a la República de Guatemala en la oportunidad de la II Reunión del Instituto Interamericano de Historia Municipal e Institucional: lo que Guatemala significó para Martí.

En las primeras líneas de su libro Guatemala, dice: "Yo llegué, meses hace, a un pueblo hermoso: llegué pobre, desconocido, fiero y triste. Sin perturbar mi decoro, sin doblegar mi fiereza, el pueblo aquél, sincero y generoso, ha dado abrigo al peregrino humilde. Lo hizo maestro, que es hacerlo creador. Me ha tendido la mano y yo la estrecho. Guatemala es una tierra hospitalaria, rica y franca; he de decirlo. Me da trabajo - que es fortalecer -, casa para mi esposa, cuna para mis hijos, campo vasto a



mi inmensa impaciencia americana".

Eso fué Guatemala para Martí. Cuando a esta tierra llegó, sólo tenía veinticuatro años; pero ya alentaba en su corazón y fraguaba en su cerebro la independencía de su patria cubana y la consolidación de su gran patria americana, la que él amorosamente proclamó Madre América.

En Guatemala se hizo amar, admirar y respetar, y en Guatemala dejó trazados los grandes lineamientos de su apostolado americanista.

Su alma adolorida, se alumbró de "la faz seductora de la vida guatemalteca: el amor puro, la hospitalidad amable, la confianza histórica, la familia honrada": "gran salvación" para él.

Descubre este secreto que conserva Guatemala: "severa, no entristece; desdeñosa, no irrita; bulliciosa, no desordena; agitada, no cansa".

Exalta a las guatemaltecas: "aquí, en mi Madre América - dice - la Hermosura besa a cada mujer que nace". Y pondera en los guatemaltecos el anhelo progresista demostrado en la reforma de sus códigos, en el cultivo de las riquezas naturales del país, en la divulgación de la educación y la cultura populares. Por todo ello estima que se "ha añadido al escudo de Guatemala, aunque en él no figure, un libro abierto". Y "ese día, el quetzal lo fué más... el quetzal del quiché, enamorado de su belleza y albedrío, que muere cuando cae preso, o cuando se le quiebra la pluma verde de su cola".

Presiente en los indios - "resignados, inteligentes, incansables, naturalmente artistas, sin ningún esfuerzo buenos", "la gran masa que impelerá a la juvenil nación". Y exclama: "¡Qué



gran pueblo no puede hacerse de ellos!". Y señala el camino para lograrlo: "haciendo, por ejemplo, a manera de una escuela normal de indios. ¡Un nuevo apostolado es menester!".

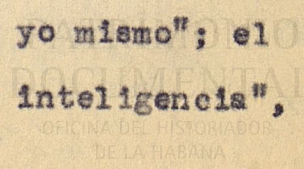
Todo lo analiza y todo lo estudia: naturaleza y pueblo, producción literaria, científica y artística. Y no se olvida de adentrarse en el conocimiento de la cosmogonía indígena, a través del Popol Vuh de los quichés.

Nuevo caudal de antecedentes y datos para el conocimiento de lo que representó Guatemala para Martí, lo acaban de dar sus cartas a su entrañable amigo mexicano Manuel Mercado, recién donadas por la familia de éste al Archivo Histórico Municipal de La Habana y editadas por la Universidad Autónoma de México.

En ellas confiesa que vino a Guatemala "no pronto a esperar, sino decidido a obrar", porque - declara - "yo tengo en mí algo de caballo árabe y de águila: con la inquietud fogosa de uno, volaré con las alas de la otra".

Ratifica que aquí "todo el mundo tiene talento; se habla bien el castellano; se vive honradamente; se ama al fin lo nuevo y cunde entre los hombres jóvenes el salvador espíritu de examen".

Recibe de los guatemaltecos progresistas relevantes muestras de cariño y de consideración, que no dejan de levantar envidias y sordas protestas, más tarde desatadas, de los elementos reaccionarios. Escribe un drama de una leyenda patria; se le da una cátedra; proyecta fundar la Revista Guatemalteca. El Ministro de Relaciones Exteriores - Macal - lo "acoge paternalmente: es muy entusiasta y piensa en mí más que yo mismo"; el de Instrucción Pública - Montúfar, "una hermosa inteligencia",





"me provee ganoso de libros históricos y literarios y ha querido espontáneamente presidir mi examen". Para éste, sus amigos, dándole altísima prueba de reconocimiento a su talento y capacidad, quieren sin requisito académico, revalidar su título; pero él insistió en el examen, "con placer de los que ya me quieren".

Proyectos múltiples concibe para una larga estancia en Guatemala: ejercer la abogacía y la enseñanza, el periodismo, escribir libros... y hasta cultivar la tierra. Sin que deje de la mano la obra mayor de "dar vida a la América, hacer resucitar la antigua, fortalecer y revelar la nueva, verter mi sobra de amor", en espera de que llegue la hora de consagrar su pluma a aquella grave tarea "que todo lo mueve, dormita en un rincón": la libertad de Cuba, como paso necesario para el afianzamiento y felicidad de los pueblos de Nuestra América.

Abandona Guatemala para contraer matrimonio y cuando regreséiqué cambio ha experimentado el país que tanto amaba ya! La poderosa influencia política del reaccionarismo clerical trata de abatir los triunfos del liberalismo progresista.

"Al volver - le dice a su amigo Mercado - hallé, en lo general, desatada la tiranía; en lo que a mí tocaba, visible la ira. ¿Provocada con qué? Con mis discursos generales, con mi cátedra de historia de la filosofía, con el libro" que acababa de escribir. "Trocado esto - agrega - en una gran hacienda donde todo obedece al látigo de un caprichoso mayoral".

Lo que Martí ya había observado a poco de llegar a Guatemala, se ha agudizado ahora: "Los conservadores me hacen la cruz, y están en su derecho; yo debo parecerles un diablo con levita cruzada".



El cubano José María Izaguirre, director de la Escuela Normal Central, donde Martí explica una cátedra, es arbitrariamente destituido. Martí se solidariza con su compañero y en actitud de protesta contra la injusticia cometida, renuncia a esa cátedra, y decide abandonar la República. Pero lo que más le duele, porque ha herido su corazón de hispanoamericano, que se consideraba hijo de cada una de las patrias de la Madre América, porque amaba ya entrañablemente a Guatemala, fué que a él y a Izaguirre lo calificaran de extranjeros. Y sangrando dolor incontenible, le acota a su amigo Mercado: "¡Nosotros, extranjeros!".

Pero de esa actitud no tenía la culpa el pueblo guatemalteco, ni los que entonces lo desgobernaban podían ser estimados sus genuinos representantes. Y así se lo demostraron a Martí los buenos guatemaltecos, encabezados por sus discípulos, cuya gratitud consideraba la mejor retribución que recibía, y los que en nobilísimo rasgo, identificados con su profesor, pretendieron abandonar el colegio donde ya no podía educar Martí. Y nuestro Apóstol fué toda su vida fervoroso adorador de "la tierra generosa que circunda los volcanes de Hanapú y los lagos ardientes, suelo de amor y lujo", y admiró siempre la innata rebeldía a imposiciones y despotismos y el culto a la libertad que jamás han dejado de albergar los corazones guatemaltecos.

La tiranía que persiguió a Martí, obligándolo a abandonar esta tierra privilegiada donde tan amorosamente dispuesto estaba a echar hondas raíces, no fué sino uno de los tantos episodios siniestros que han entenebrecido los primeros pasos de todas



nuestras naciones en su existencia independiente - recordamos que "un siglo es una hora en la vida de los pueblos" -; y en el gozoso ambiente de libertad una vez más reconquistada que hoy se respira, vivo y vivificante, no esta Guatemala henchida de promesas, el recuerdo de aquel dolor no inspira sino orgullo noble ante el obstáculo vencido, y más entusiasta exaltación del hermoso triunfo presente.

No podía haberse escogido fecha más adecuada para este acto trascendental de reafirmación de fraternal amistad cubano-guatemaltecos, que la del aniversario de la gloriosa ascensión a la inmortalidad de José Martí, ni lugar más apropiado para erigir este monumento que el Paseo de la Reforma, donde ya se levantan otros de eximios próceres de la independencia americana.

Hermanos guatemaltecos: constituye honor extraordinario para mí el expresar, en nombre de la Delegación cubana a esta II Reunión del Instituto Americano de Historia Municipal e Institucional, los sentimientos de amor y de admiración que el pueblo de Cuba siente por el pueblo de Guatemala; y me considero orgulloso de haber podido comprobar, por el conocimiento directo de su tierra y de sus hombres, las justísimas razones que convirtieron a Martí en amador perpetuo de este maravilloso país.

Heraldo he de ser en mi patria de la prodigalidad desbordante con que la Naturaleza quiso regalarles a ustedes en la riqueza y hermosura de su suelo, en el azul prodigioso de su cielo, en la delicia de su clima, en la inteligencia, la cultura y la civilidad de sus hombres y en la belleza esplendorosa y gracia



avasalladora de sus mujeres.

Y antes de apretarles a ustedes, hermanos, contra mi corazón en el abrazo final de despedida, hago votos porque se conviertan en realidad inmediata continental los ideales martianos de fraternidad americana, cuyos primeros pronunciamientos fueron hechos aquí, en Guatemala, sintetizados en este lema: "Juntarse es la palabra del mundo", y que Martí aclaró y precisó así: "Por primera vez me parece buena una cadena para atar, dentro de un cerco mismo, a todos los pueblos de mi América... Puesto que la desunión fué nuestra muerte, ¿qué vulgar entendimiento ni corazón mexquino, ha de menester que se le diga que de la unión depende nuestra vida?", ratificados esos principios americanistas por estos otros, proclamados años más tarde: "Es la hora del recuento y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la planta en las raíces de los Andes... Lo que tiene de aldea en América ha de desaparecer... Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos. Los que se enseñan los puños, como hermanos celosos, que quieren los dos la misma tierra, o el de la casa chica, que le tiene envidia al de la casa mejor, han de encajar, de modo que sean, una, las dos manos". Y predicó también que esa unión sólo podía lograrse cuando hubiese sido arrancada de raíz de nuestros pueblos la planta maldita de los despotismos y las tiranías, pues sin la existencia de verdaderos regimenes democráticos, era imposible lograr la fraternidad americana.

Abrazado a estos ideales Martí murió, de cara al sol, hace hoy cincuenta <sup>y un</sup> años. ¡Ojalá los pueblos todos por los que él ofrendó su vida, los tengan de ahora en lo adelante por estrella y bandera, para bien de América y del mundo!.